

Viva Costa Rica

No quijotes, aunque muchas noblezas encierra el quijotismo, que por la Naturaleza es hijo de Sancho, ya que sin gusanos no habría mariposas, sino por instinto de conservación los costarricenses protestamos con todas nuestras fuerzas del atentado que contra Costa Rica pretendieran los Estados Unidos llevar a efecto. Tristeza da el tener que confesarlo, pero es lo cierto, que para desanimar es el que no baste al pueblo tico ser de orden, de ley, respetuoso con el extranjero y pacífico para que la fuerza bruta pretenda, manejada por individuos que en civilización creen estar a la mayor altura, aplastar de un solo golpe a un pueblo virtuoso y patriota. ¿Qué es entonces la civilización? Entendíamos que era el desarrollo del sentimiento y de la inteligencia en la prosecución del bien y de la verdad. ¿De qué sirven pilas y pilas de oro; de qué redes de rieles, edificios altísimos y costosos, parques enormes, museos riquísimos, universidades de fama

mundial, si el respeto a la justicia no existe, si la virtud es falacia, si el hombre sigue siendo el lobo del hombre? El país yanqui teme entrar en México, le da explicaciones al Japón, y ante estas naciones quiere hacer valer el lábaro de la Justicia y quiere dominar con la razón; pero con los pequeños no hay sino el garrote grueso, aunque sean modelos de honradez. Recordamos aquí la parábola de Jesús en que nos cuenta como el amo perdonó a su capataz humillado la deuda, y el capataz azotó cruelmente al criado inerme y humilde por la cantidad mucho menor que le debía.

Costa Rica tiene derecho a vivir porque es un pueblo todo espíritu, todo justicia, y el espíritu es lo único que se dilata y lo llena todo: aun sobre las ruinas humeantes que causa la brutalidad, flota inmenso glorificando o acusando. ¡Viva Costa Rica, aunque para hacerla grande debamos morir todos los costarricenses!

LIBERTAD

Libertad para los pueblos, profundo respeto a la soberanía de las Naciones: tales son los ideales a que aspira la ilustrada sociedad contemporánea.

Suiza es un país pequeño en territorio, poco más o menos tan extenso como Costa Rica; pero Suiza es un país verdaderamente grande por la cultura y patriotismo de sus hijos. Limitada por tres partes por naciones poderosas; se ha atrevido alguna de ellas, se atreverá alguna vez a hollar el suelo cuyas montañas, coronadas por la eterna nieve, son acariciadas por las brisas de sus poéticos y risueños lagos? No; hay una muralla más fuerte que la construida por los hijos del Celeste Imperio: más altas que las pirámides egipcias: la del derecho eterno que tienen todas las naciones, por pequeñas y débiles que sean, a vivir con vida independiente y soberana.

La fuerza bruta es la negación del progreso, es la barbarie primitiva. Cuando un pueblo, llámese como se quiera, huella los derechos de otro, lleva perpetuamente suspendida sobre su cabeza la espada terrible de Damocles. Es cierto que la política ambiciosa y artera de Roma la hizo

señora del mundo; mas también es verdad que el árbol del despotismo y de la opresión por ella plantado, cayó de hecho al golpe formidable de los bárbaros.

La historia enseña que cuando un Estado se engrandece y eleva demasiado, la soberbia lo empuja casi siempre por la pendiente de la conquista salvaje y opresora. Por eso ha existido y existen tantos Romas; por eso las guerras ensangrientan todavía la tierra, por eso será también una utopía la paz universal.

Si el derecho de gentes es, pues, casi siempre un mito, si la justicia no siempre sale triunfadora, si el espíritu de conquista bautizado modernamente con nombres tanto más brillantes y engañosos cuanto más pérfidos y astutos, amenaza la existencia política de las naciones débiles, la unión firme y enérgica de estas últimas será el único medio a que puedan recurrir para librarse de peligro inminente que sobre ellas se desploma.

Unión entre los ciudadanos entre sí por un sentimiento firme y robusto de amor a la patria, unión de los pueblos débiles de una misma raza y de comunes e idénticas aspiraciones: tales, me parece, debieran ser los anhelos más altos del patriotismo centroamericano.

Quilón Quilónides

MANIFIESTO

COSTARRICENSES

Os habla en este momento un hombre que—sin egoísmos de ninguna clase—siempre ha militado con el grupo de compatriotas amantes, como los que más, de vuestras libertades; comprobando eso y el amor a las instituciones patrias con hechos, cualesquiera que fuesen las consecuencias dolorosas que cayeran sobre él, mientras otros callaban, que tenían iguales deberes. Para el hombre que os habla, sus empeños por hacer república constituyeron una lucha siempre desigual, porque de una parte estaba el gobierno tirano con la fuerza de las armas y las arcas del tesoro nacional, burlando las instituciones, y del otro estaba el pueblo humilde, poseído de entusiasmos nobles por la República, dispuesto al sacrificio, pero sin dinero, sin armas, espiado, avasallado. Con todo, el que os habla no se arre-

dró nunca ni por vejaciones, ni por exacciones, ni por destierros: siguió con impulso vigoroso, con las energías de que podía disponer, la lucha por la emancipación del costarricense en su propia patria.

Pues bien, compatriotas: como ya no es sólo la hoja anónima sino la palabra de un candidato, que debiera ser reflexiva, la que insidiosamente expresa calumnias contra Máximo Fernández, éste os dice enérgicamente que rechaza indignado los cargos que sólo la ambición y el odio podrían poner en boca de un hombre recto, o de un hombre que cree tener la cautela y discreción necesarias para conducir nuestra patria por el mar más proceloso que nave alguna haya surcado. Rechaza Máximo Fernández, indignado y dolorido, el cargo de que compañías extranjeras favorezcan de algún modo su candidatura; porque

ello, tal como se repite por los enemigos del Partido Republicano, implica el cargo de que hay compromisos desdorosos para la Patria.

No al Partido Republicano que conoce muy bien a su Jefe, pero sí a gratuitos enemigos, a ambiciosos enemigos, que para regocijarse con su triunfo, desearían hundirme, como han tratado de hundir mi honor, debo decir muy alto, muy alto para que oigan aunque se tapen los oídos: que Máximo Fernández jamás ha tratado, ni tratará nunca, con extranjeros en daño de Costa Rica, ni con su pasividad permitirá, como nunca ha permitido, que se ate el cuello de la Patria al Gobierno de Washington o a cualquier otro que mayor fuerza tuviera; que él no ha forjado un solo eslabón de la cadena de acontecimientos de nuestra política exterior, que hoy amarga nuestros corazones; y que son muy otros los hombres que activa o pasivamente contribuyeron a ello. Pero que eso no obsta para que en defensa de la soberanía de Costa Rica, el Partido Republicano con él a la cabeza y todos los costarricenses buenos, encuentren sepultura en las faldas de los montes, en los ríos o en las llanuras, combatiendo como hombres por la integridad de la Patria.

El Presidente de la República, Lic. don Ricardo Jiménez, con elocuente voz y alto patriotismo, en diversas ocasiones nos ha condecido defendiendo al país de aquellas medidas o convenios de los Gobiernos, que ofrecieran al expansionismo yanqui portillos de entrada justificada a Costa Rica. ¿Iba hoy a contradecir su

conducta? ¿No es él, por deber y por razón de alta magistratura, el centinela avanzado de nuestras libertades? ¿Se tiene o no se tiene confianza en él? ¿Es que Costa Rica debe señalarse como irreflexiva e inscribirse en la lista de los otros pueblos vecinos, y no agotar los recursos que el juicio y la diplomacia ponen en la mano de los pueblos pequeños e inermes? ¿Es que en el siglo XX puede una diminuta nacionalidad subsistir quebrando vidrios, que el gobierno habría de pagar después, y amenazando y revolucionando, antes de saber la verdad de las cosas, exponiéndose a ofender antes de haber sido ofendida?

Si los que en otras horas del brazo yanqui, ahora quieren ya, inmediatamente, perder, dar muerte a la nación, puede que lo consigan con hojas mañosas que lleven al pueblo a un desmán inoportuno. Pero Máximo Fernández y el Partido Republicano aman a Costa Rica, la quieren libre, grande por sus instituciones, y próspera, y por eso agotan los recursos de la cordura, antes de dar en paso trascendental e inconsulto, que podría para siempre abrir a nuestra patria una tumba. Mas si por leyes del expansionismo desatentado de los Estados Unidos, Costa Rica furre ya víctima señalada, sea para todos los costarricenses de hoy, con Máximo Fernández, su mayor honor y su gloria más alta sembrar sus huesos de héroes junto a los huesos de los héroes del 56.

Máximo Fernández

San José, 27 de julio de 1913.

CONTESTANDO

un editorial de "El Noticiero"

De modo, señor Matamoros, que por cuanto se amenaza herir nuestra soberanía y disgregarnos, Ud. aconseja que vayamos al hecho y comencemos rompiendo nosotros nuestras instituciones republicanas. ¡Valiente razonamiento! Por cuanto una mano brutal puede romper el rico vaso que contiene nuestras flores, deshojemos antes el ramillete...

Para vestir con gusto, en la Sastrería Gonzalo Artavia

El carácter

He aquí una cualidad que va haciéndose rara entre los hombres. Tener carácter es imprimir en los actos sello propio, derrotar fijo; ostentar personalidad. El hombre que posee esta virtud, tiene un programa fijo para los actos trascendentales de su vida, sin modo en que vaciar la voluntad que se expande en la lucha incesante por el perfeccionamiento; que imprime y acata leyes fijas que disciplinan los impulsos encaminados a la conquista de una representación en la vida.

Bien está que las determinaciones fijas, los dictados de poca monta, que se fulminan en los dominios volitivos, se tomen o adopten al azar; pero las resoluciones fundamentales, que solo pueden emanar de virtudes positivas y loables como el honor, la generosidad, el agradecimiento, el patriotismo o la lealtad, no pueden salirse de los moldes y caminos por donde han circulado como en grandes arterias las inagotables acciones humanas que han podido generar héroes y genios.

Aquel que como autómatas se adhieren a la opinión del poderoso, obra como un ser inconsciente según el viento de las conveniencias que le soplen; no tiene carácter; ni lo tiene quien se escuda en el silencio, o contra sus propias convicciones, apechuga con

todo lo que los demás piensan y sostienen.

Tolerancia, se dirá, no; cobardía. La tolerancia es otra cosa.

Quién por educación y virtud está adornado de esta recomendable cualidad, oye todos los pareceres con interés, los promueve y discute, sin que por ser tolerante deje de combatirlos, si su conciencia y su deber le dicen que la verdad, como él la entiende no es la que sostienen los demás.

Es propio de los hombres sin carácter atacar al caído y adular al poderoso, porque en todas las situaciones de la vida no ven más que el dios de su egoísmo, a cuya deidad sacrifican los mejores impulsos del alma.

Este es el norte que los guía, la estrella polar que los atrae sobre el camino de sus conveniencias; ponerse del lado del débil por amor a la justicia, sería ridícula quijotería, propia de seres apocados; porque las acciones nobles y generosas, sólo están reservadas a las almas grandes y caballerescas, perdidas en una edad remota, pero que la civilización sabe rendirles homenaje, para que esos ejemplares no se extingan del todo al contacto grosero del mercantilismo reinante.

La mano que no se tiende a la generosidad, el arma que nos hiere de la deslealtad, el odio del ruin que nos persigue propio es de hombres sin carácter, que caminan sin lastre en el mundo, como una arista empujada por todos los vientos y que va a perderse en el vacío, sin dejar a su paso una huella, un recuerdo siquiera meritario que le libere de la anonimidad, sino que le permitiera ostentarlo como una ejecutoria de su personalidad en el proceso de la vida.

Alejo Membreño

Muebles baratos en el Almacén de Fernando Hernández

Platería de París

Se ha traslapado frente a "Las Indias y enseguida de la tienda "La Perla" de Marín y de la pastelería de Laport del señor don Julián Pastor, frente diagonal a la puerta principal del Banco de Costa Rica.